



## Filosofía, ciencia y religión al final de siglo

**E**l inevitable balance del final de siglo y del milenio, acaba con una conclusión clara: la revolución científicotécnica ha marcado la etapa que concluye. Comte es el profeta que acertó en lo referente a los dos últimos siglos de la modernidad: tras la era religiosa vino la filosófica y ésta ha coronado en la época científica. Se equivocó, sin embargo, al pensar que la ciencia podía sustituir a la religión y reemplazar a la filosofía. Ambas subsisten como instancias diferenciadas y autónomas al final del milenio.

Juan A. Estrada\*

### Del conocimiento del mundo a la razón científica

**E**L saber científico parte del asombro y curiosidad, que busca conocer cómo está constituido el mundo, y de una actitud pragmática y utilitarista, el saber como poder. Se buscan las leyes de

\* Profesor de Filosofía. Universidad de Granada.

la naturaleza para aprovecharse de ellas. El punto de partida occidental fue la vinculación entre pensamiento y ser, entre mente y realidad, siendo las matemáticas el modelo de una racionalidad deductiva, lógica, objetiva y exacta, que es la que buscaban las ciencias. De ahí sus pretensiones de objetividad e imparcialidad, más allá de las extrapolaciones subjetivas de la filosofía y las extralimitaciones de las religiones. La ciencia avanza a base de problemas y experimentos. Se basa en teorías que son fecundas porque sirven para explicar la realidad y se corrigen por ensayo y error, a base de contrastarse empíricamente, es decir, de falsarse.

El resultado de este proceder es un conocimiento finito y progresivo; siempre corregible y abierto, susceptible de múltiples experiencias confirmatorias o negativas, que son las que permiten el avance de la ciencia, la modificación de las teorías y el surgimiento de otras disciplinas. La aplicación técnica no sólo es su complemento práctico, sino la instancia que origina nuevos problemas y descubrimientos científicos. A partir de problemas prácticos y de técnicas novedosas se han planteado problemas que han posibilitado nuevos descubrimientos. Este ensamblaje científicotécnico ha transformado el mundo y la sociedad. Las sociedades desarrolladas han alcanzado el mayor nivel de vida de la historia y tienen hoy la capacidad científicotécnica para resolver problemas como el hambre, enfermedades seculares, y el control progresivo de la naturaleza, que eran inalcanzables hasta hace un par de siglos. La ciencia ha inaugurado una nueva época en la historia. Por primera vez podemos sustituir la selección natural por el control humano, responder a las necesidades primarias y secundarias de todos los hombres, y transformar el mundo. Actualmente, la ciencia es cultivada por el mayor número de científicos y especialistas que han existido nunca en la historia.

Ante tales éxitos de la Ciencia, ya constatados por Kant poco antes de la revolución industrial, no es extraño que la razón científica se presentara como el paradigma mismo de la razón y pretendiera extenderse a otros ámbitos socioculturales y antropológicos, que hasta ahora parecían reservarse a la filosofía y a la religión. La misma filosofía se ha inspirado en la ciencia y se ha planteado como una extensión de ésta, liquidando la concepción metafísica del pensamiento. Se aplicaron los planteamientos científicos a la sociedad, desde una combinación pragmática de saber técnico, problemas concretos e ingeniería social, como ha propuesto el racionalismo crítico (Popper, Albert). A su vez, la teoría de los sistemas analiza la sociedad desde una perspectiva estructural, en la que es innecesario partir del sujeto humano y de los agentes sociales (Luhmann).

El optimismo de la Ilustración desembocó en las expectativas de una

sociedad desarrollada por la aplicación de la ciencia a los problemas sociales y antropológicos. De ahí, la importancia del positivismo, de lo dado, para la misma filosofía, así como concepciones del hombre que propugnaban un análisis objetivo de la conducta humana, así como una explicación de ésta en términos científicos. Los behaviorismos, conductismos y empirismos antropológicos descansan sobre estas premisas y han dominado muchos sectores de las ciencias humanas. Se parte del análisis del animal humano y se estudian sus reacciones y actitudes de forma objetiva y empírica. La teoría de la selección natural desemboca en una concepción materialista y objetiva del hombre.

Sin embargo, la última mitad del siglo XX ha servido para poner en cuestión la racionalidad y actitud científicas. Por un lado, se ha generado una crítica del paradigma científico de la razón. Hemos descubierto el carácter social de la ciencia, en cuanto que la misma investigación científica forma parte de un proyecto político y está determinada por intereses económicos, sociales y culturales. La fase romántica de la ciencia, simbolizada por el investigador privado altruista, que buscaba el saber por el saber mismo, sin otros intereses, ha dejado paso a los grupos de investigación, financiados y organizados en función de unos intereses concretos, determinantes a la hora de orientar el curso de la investigación. De este modo, el sujeto individual y colectivo irrumpe en el campo de la reflexión científica, y, con él, los problemas, condicionamientos e intereses de la subjetividad.

Ya no es posible mantener la objetividad, imparcialidad y ausencia de valoraciones que pretendían los científicos en la primera mitad de siglo. Por un lado, surgen los problemas epistemológicos: los «hechos» son contruidos y seleccionados desde las teorías científicas; la observación influye en el mismo experimento y lo orienta, como muestra la mecánica cuántica, y toda teoría parte de elementos no fundamentados, que forman parte de la tradición sociocultural y filosófica de pertenencia. Se rompe también con el idealismo de la evolución de la ciencia, e irrumpen dimensiones irracionales que son determinantes cuando se produce una revolución científica o a la hora de decidir el mantenimiento o no de una teoría. En definitiva, la ciencia deja de ser el cuerpo objetivo e imparcial de conocimientos que pretendía y se incardina dentro de una comprensión previa de la sociedad y del hombre. La filosofía reaparece como trasfondo del saber científico.

Por otra parte, la ciencia está implicada en los problemas sociales y determinada por ellos. Después de Hiroshima y Auschwitz, símbolos fundamentales de la capacidad científicotécnica, los investigadores han perdido su inocencia. Surge el problema de la ética, de la legitimidad o no de los expe-

rimentos científicos, y de las implicaciones y consecuencias sociales de cada investigación. Es el final de la ciencia pura, en favor de los proyectos políticos y sociales en los que se integra. Es posible desarrollar el potencial científico para explorar el espacio, desarrollar la industria militar o producir una tecnología adecuada para acabar con el hambre en el mundo. Sin embargo, la decisión es política, ética y religiosa, ya que la ciencia, y la técnica resultante, es funcional e instrumental, pero las metas y objetivos desbordan a la misma racionalidad científica.

### De la crisis de la filosofía a una era posmetafísica

**HAY** dificultad, sin embargo, para asumir las implicaciones de este planteamiento. La racionalidad funcional de medios-fines se impone en la misma filosofía. De esta forma se consagra la razón instrumental que se pretende posmetafísica. La modernización y el desarrollo se integran en una perspectiva social marcada por la eficiencia y la competitividad. Es el triunfo de las sociedades darwinistas que ponen el acento en la superación de las formas tradicionales de vida, para conseguir una mayor productividad y rendimiento. El avance se evalúa en términos de modernización y ésta viene determinada por la ideología liberal del mercado, que es la ideología hoy dominante.

Y es que la filosofía tiene pretensiones de universalidad y globalidad a partir de una razón reflexiva, crítica y que dialoga con las diversas áreas de la cultura. Si la ciencia surge con pretensiones de conocer cómo está constituido el mundo, la filosofía busca el significado, el porqué y para qué de las realidades mundanas y humanas. El problema del valor y sentido de las cosas es fundamental para la filosofía, inicialmente unida a la curiosidad científica, hasta que fue autónoma de ésta y se preguntó por el significado y valor mismo de las ciencias. La relación del hombre con el mundo y con el otro es el eje de la reflexión filosófica que responde a la necesidad humana de orientación y de identidad, ofreciendo imágenes globales del mundo, cosmovisiones y sistemas metafísicos.

Y es que el hombre desborda el comportamiento animal, basado en el mecanismo de los instintos y en la dinámica estímulo-respuestas, desde preguntas que plantean problemas constitutivos de la persona. El animal humano es pobre y flexible en el campo de los instintos y regula su conducta con

valores, ideas y actitudes, transmitidos socioculturalmente. El hombre es un animal social y político, se guía por aprendizaje social y establece su identidad en el contexto de una cultura, que constituye su segunda naturaleza. Ahí es donde surgen los primeros problemas específicamente humanos: el significado del nacimiento y la muerte; la necesidad de valores desde los que orientar su conducta; las actitudes con las que hay que afrontar los acontecimientos de la vida, etc. Es un animal que se pregunta, que interpreta y que aprende reglas sociales de comportamiento. En este sentido, es un animal metafísico. Necesita cosmovisiones para edificar desde ellas su identidad personal y colectiva, que no le viene dada por los meros instintos y que está determinada por las relaciones interpersonales, tanto a nivel individual como colectivo.

La filosofía se desarrolla poco a poco como un saber con pretensiones de universalidad y de verdad. Analiza las distintas dimensiones de la cultura, de la sociedad y de la naturaleza, y establece evaluaciones críticas, reflexivas e interpretativas. No tiene un objeto específico ni se limita a un ámbito determinado, sino que abarca todo el espacio de las relaciones humanas. Si el hombre es un animal de realidades tiene que evaluarlas, juzgarlas y darles un significado. Por eso, no basta con la mera facticidad, sino que hay que interpretarla y darle significado. Surge así el amor a la sabiduría, la capacitación del hombre para dominar conceptualmente la realidad, el afán de evaluar la validez, significado y consecuencias de las construcciones humanas. La filosofía se erige en juez, vigilante, acomodadora, intérprete y también instancia reguladora de los distintos saberes y disciplinas. Por eso, surge una filosofía política, social y religiosa, una cosmología y una antropología, una teología racional y una estética, una ética y una gnoseología.

El punto de partida es la razón y hay que reflexionar sobre cómo la utilizamos, cómo se constituye, y cuáles son sus pretensiones y sus límites (Kant). Hay que estudiar también las realidades constitutivas del hombre, que generan diversas disciplinas filosóficas, según los objetos de conocimiento, que se multiplican constantemente: filosofía de la ciencia, de la cultura, de la historia, del arte, de la religión, etc. En Occidente, la filosofía ha tenido unas pretensiones mayores que en otras culturas. Partiendo de la correlación entre pensamiento y ser (desde Parménides) y de la potencialidad universal de la razón (todo lo racional es real y viceversa: Hegel) ha buscado racionalizarlo todo y someterlo al test de la reflexión filosófica. Contra estas pretensiones ha reaccionado la misma filosofía, poniendo límites a la capacidad y uso de la racionalidad. De ahí, la importancia de la Ilustración como esfuerzo global por establecer la validez de la razón y sus ámbitos, a partir

de una pluralidad de corrientes. Cada escuela da la primacía a una dimensión de la realidad, del conocimiento y del mismo hombre: empirismo, racionalismo, romanticismo, vitalismo, existencialismo, etc.

Desde esta perspectiva, Occidente ha evolucionado en una línea recientemente crítica. Lo primero fue la crítica de la religión y de las afirmaciones sobre Dios; luego se analizaron las cosmovisiones o imágenes globales del mundo, poniendo límites a la capacidad racional de extrapolar e impugnando los grandes sistemas tradicionales. La muerte de Dios y la crisis de la metafísica fueron hitos en el camino ilustrado. La modernidad desembocó en la crisis de los valores orientadores de los sistemas éticos y políticos, las ideologías y creencias, para concluir en la impugnación de la razón misma y su pretensión de verdad, y rechazar la concepción humanista del hombre de la misma modernidad. Este largo caminar está marcado por los grandes pensadores ilustrados: Descartes, Spinoza, Leibniz, Hume, Kant, Hegel, etc.

Hoy la filosofía se encuentra en una época de transición, que definimos como la de la posmodernidad. De la muerte de Dios hemos pasado a la crisis del sujeto, y con ella al derrumbe de los grandes sistemas metafísicos que han servido de orientación cultural. El problema es que el hombre sigue haciéndose preguntas metafísicas, es decir, que desbordan lo positivo, lo fáctico dado, y que necesita de cosmovisiones dadoras de identidad. No es posible dejar vacía la cultura de valores, ideales, creencias e ideas que canalizan la conducta, determinan las reglas de juegos sociales y ofrecen modelos de identidad. Por eso, la supuesta superación de la metafísica en la sociedad posmoderna encubre el triunfo de una ideología global, que es la determinante. Asistimos hoy al triunfo de la ideología liberal. Sostiene que el sistema de mercado imperante es el único marco pensable y viable (Fukuyama). Esto se legitima aludiendo al rendimiento de la sociedad de consumo, al derrumbe de las sociedades socialistas y a los logros de la democracia, identificada, sin más, con la sociedad liberal.

La globalización actual, que es un proceso fáctico que abarca al planeta, se identifica sin más con el modelo liberal y consumista de las sociedades occidentales, que se pretende único, obviando el colonialismo cultural que subyace a esa propuesta (la occidentalización del mundo); la inviabilidad a medio plazo del actual modelo consumista (ya que no es universalizable por la falta planetaria de recursos y la crisis ecológica que generaría); las injusticias nacionales e internacionales que genera y el agotamiento progresivo del modelo actual de democracia parlamentaria (más virtual que real, ya que frecuentemente se limita a votar para elegir a los políticos profesionales que toman las decisiones). Es necesario un replanteamiento en favor de una

sociedad civil fuerte y protagonista, y un Estado más representativo y subordinado a ella. La filosofía tiene como misión contribuir a ello.

La filosofía se encuentra en una encrucijada. Tiene que volver a ser metafísica, si quiere servir como saber orientador e inspirador, aunque los viejos sistemas ya no sean alternativas válidas. Para ello tiene que superar el escolasticismo académico en que se desenvuelve, para reflexionar sobre los problemas actuales y ser fiel a su papel formativo, crítico y reflexivo en la sociedad, respecto de la ciencia, la política, la economía, la cultura, etc. No puede refugiarse en la historia de la filosofía, ni en un saber memorístico y repetitivo, ni constituirse meramente como una disciplina más de las humanidades. Tiene que volver a sus funciones tradicionales, sin recaer en los sistemas del pasado, pero sin renunciar a la extrapolación inevitable a cualquier planteamiento universalista.

### El incierto futuro de las religiones tradicionales

**T**AMBIÉN las religiones se encuentran hoy en una situación difícil y complicada al final del milenio. Tradicionalmente han sido los monoteísmos bíblicos, en su variedad de confesiones e Iglesias, los que han determinado a Occidente. Las religiones son tan viejas como el hombre. Desde los primeros restos arqueológicos encontramos huellas de preocupación religiosa, ya que la religión es constitutiva de la conciencia humana y no una institución coyuntural de una época de la evolución. El ser humano no sólo se pregunta por cómo es la realidad (ciencia), ni por su significado y sentido racional (filosofía), sino que la percibe como algo misterioso que suscita admiración, asombro y ansiedad. No sólo se afronta la vida desde la razón, sino que es toda la persona con sus deseos, carencias, expectativas, proyectos y esperanzas, miedos y temores la que se enfrenta con la realidad.

A esta globalidad personal responde la religión, en la que se canaliza la inseguridad, e incluso la angustia del ser humano, que inevitablemente se hace preguntas y extrapola los límites de lo racional y de lo empírico. Hay preguntas últimas que no hay más remedio que hacer y que desbordan el ámbito de lo mundano y van más allá de la racionalidad. Ante el nacimiento y la muerte surge la pregunta sobre si no hay otra forma de vida. No se acepta la mera facticidad del hecho natural y biológico de la muerte, sino

que se pregunta por su significación. Todos los animales tienen que morir, pero la persona es la única que toma conciencia de ello, la evalúa y le da un significado. El ser humano, que vive de forma cualitativamente distinta que el resto de los animales (ya que tiene conciencia y libertad, aunque sean limitadas y condicionadas), rechaza que su final le equipare al resto de las especies. Surge entonces la pregunta por la otra vida y la preocupación por el más allá. Se expresa simbólicamente con pinturas, objetos, rituales y creencias que acompañan las celebraciones funerarias y enterramientos, en lugar de abandonar el cadáver a la naturaleza.

Por otra parte, hay una intuición global de la contingencia y finitud del cosmos y de todo lo que encierra. Se buscan referentes trascendentes desde los que explicar por qué existe el mundo y el hombre, rechazando la mera facticidad positiva y buscando causas, fundamentos, principios o agentes a los que achacar su existencia. Las cúpulas de viejos templos primitivos representan, a veces, el espacio estrellado, con su grandiosidad e infinitud, que suscitan la admiración y el temor del hombre. Desde ahí se recurre a la divinidad (una o plural, personal o no) como autora y fundamento del universo. De ahí surgen las religiones unas más cósmicas, que representan a la divinidad desde la relación con la naturaleza, otras personales, desde la extrapolación de la relación interpersonal, constituyente del ser humano, que sirve de referencia para buscar una divinidad espiritual y consciente, como el hombre.

A esto se añaden las múltiples necesidades humanas a las que responden las religiones. Por un lado, motivaciones para afrontar las exigencias morales. A la pregunta de por qué ser moral responden las religiones desde la revelación y exigencias de la ley de Dios, así como ofreciendo modelos de imitación y seguimiento. Los fundadores de las religiones nos enseñan una forma de vida y un comportamiento que imitar. La dignidad de cada persona viene fundamentada por la relación con Dios. También los conflictos, sufrimientos y dolores de la vida son afrontados por las religiones, que ofrecen consuelo, pautas de comportamiento y ayuda en los acontecimientos. Por eso, son las grandes dadoras de sentido a la vida, las instancias que dan cohesión social e identidad a sus miembros, las referencias últimas de futuro. Las religiones ofrecen respuestas integrales a los problemas y experiencias fundamentales, de ahí su gran poder de convocatoria, la enorme influencia que ejercen sobre sus fieles y el papel importante que juegan en las sociedades a las que pertenecen.

La filosofía, por su voluntaria restricción a lo intramundano y empírico, así como por ser una instancia racional no puede sustituir a las religiones en

estas funciones. Compite con la religión en cuanto que ofrece cosmovisiones (metafísica) y respuestas globales, pero está obligada a restringirle a lo intramundano y lo intrahistórico. No puede incursionarse en el ámbito de la trascendencia y del más allá de la muerte, que es lo que hacen las religiones, aunque sí puede criticarlas y analizar sus funciones sociales, sobre todo, cuando contradicen a la razón. La razón no lo es todo, ni siquiera está exenta de cargas emocionales y de los componentes afectivos y desiderativos del ser humano, pero tiene que actuar como vigilante, juez e intérprete de la misma religión, para que ésta no sea una ideología irracional y no caiga en el fanatismo y sectarismo, que siempre acecha a la dimensión religiosa.

Esta relación de rivalidad cosmovisional y de complementariedad respecto de lo religioso, ya que se limita al ámbito de la razón, ha sido especialmente fuerte en la cultura occidental. El comienzo del segundo milenio está marcado por la fe que pregunta al intelecto (Anselmo de Canterbury), por la complementariedad entre fe y razón (Tomás de Aquino) y por los intentos de subordinar la filosofía a la religión (escolástica) y de criticar la religión en nombre de la razón (tradicional ilustrada). El segundo milenio es una interacción constante y mutua entre filosofía y religión, pasando por etapas y autores que buscan confrontarlas, reconciliarlas o integrarlas en uno de los dos polos. Esta tensión dinámica, que se inició ya con la helenización del cristianismo y la asunción de la filosofía griega, es una de las claves para comprender lo que es Occidente y el carácter dinámico y crítico de la religión y la filosofía en su área de influencia.

Hoy las religiones en Occidente están sometidas a fuertes tensiones. El desarrollo científico ha planteado problemas a su visión del mundo (Galileo) y del hombre (Darwin), obligando a una relectura crítica de sus textos fundacionales. Hoy el problema se plantea en el ámbito de la moral teológica, ya que ésta corresponde a una visión del hombre que ha quedado superada por los avances científicos. Por eso, la religión pierde credibilidad y plausibilidad. También desde el punto de vista filosófico la religión ha sido sometida a una dura crítica a nivel de creencias (desviación ideológica), de función social (crítica política), de praxis ética (moralismo) y de cosmovisión (lo sobrenatural como construcción platonizante). Los dos últimos siglos han criticado lo religioso desde diversas instancias, insistiendo en su carácter de construcción humana (proyección) sin referente alguno.

Las distintas iglesias cristianas han reaccionado tarde y mal a estas críticas. Durante dos siglos se han refugiado en el antimodernismo, viviendo de espaldas al curso histórico. No han sabido ser instancias sociales proféticas, ni impugnar el absolutismo de la ciencia (mito del siglo XX) y el criticismo

nihilista de la filosofía, a costa de la tradición humanista y ética que ella misma ha creado. La transformación de la religión (renovarse o morir) es condición, *sine qua non*, de su supervivencia. El problema sigue siendo el de toda la modernidad; preservar su identidad e inspiración, reconciliarse con la modernidad ilustrada y ser una instancia creadora dentro de ella. La gran amenaza es la de un tradicionalismo obsoleto, cada vez menos plausible y creíble, y la de configurarse como mera religión asistencial e instancia administradora de los rituales y del folclore religioso que necesitan nuestras sociedades. Sucumbir a esta tentación implicaría la decadencia irremediable del cristianismo como «imaginario religioso» (Castoriadis) de la cultura occidental.